

Freud y el objeto de nuestra transferencia con la Causa^{*}

Pierre-Gilles Guéguen

*Analista Miembro de Escuela (AME) de la Asociación Mundial de Psicoanálisis,
de la École de la Cause Freudienne (ECF) y de la New Lacanian School (NLS)*

Lacan decía de Freud: “¿Quién mejor que él, confesando sus sueños, supo tejer la cuerda donde se desliza el anillo que nos une al ser, y hacer brillar entre las manos cerradas que lo pasan en el juego de la sortija de la pasión humana, su breve fulgor? ¿Quién ha protestado como ese hombre de consultorio por el acaparamiento del goce por parte de aquellos que acumulan sobre las espaldas de los demás las cargas de la necesidad? ¿Quién ha interrogado a la vida sobre su sentido tan intrépidamente como ese clínico ligado a la cotidianidad del sufrimiento, y no para decir que no lo tiene, manera cómoda de lavarse las manos, sino que no tiene más que uno, en el que el deseo es transportado por la muerte? Hombre de deseo, de un deseo al que siguió contra su voluntad por los caminos donde se refleja en el sentir, el dominar y el saber, pero del cual supo revelar, él solo, como un iniciado en los difuntos misterios, el significante impar: ese falo cuya recepción y cuyo don son para el neurótico igualmente imposibles.” [1]

Así, al final de su escrito titulado “La dirección de la cura y los principios de su poder” [2], hacía de Freud como un ejemplo, una excepción, el objeto de una admiración: Hombre de deseo, casi “El hombre de deseo”, deseo del psicoanalista en todo caso.

Pero a pesar de lo vibrante de este homenaje, cuya belleza de escritura sigue siendo sorprendente, la relación de Lacan con Freud nunca fue uniforme. Se desplegó en una gran variedad de formulaciones a través de las que se trasluce la complejidad de la transmisión que se operó de uno a otro. Aún si hubiese sido la más perfecta, tampoco le quitaba los ojos de encima. Si es verdad que la transferencia es susceptible de variar ampliamente en intensidad y según los momentos, Lacan ha dado testimonio de ello lúcidamente. Digamos que habría calificado su lazo con Freud de “transferencia negativa” y, por otra parte, no se priva de producir algunas aseveraciones que dan cuenta de ello.

Para quien lee a Lacan, es una evidencia que salta a la vista. Por otro lado ¿cómo imaginarse que Lacan, el brillante, el aficionado a las mujeres, el hombre de las mil vidas, el amigo de los surrealistas, enamorado de la velocidad y de los bellos coches, haya tenido en alta estima el modo de gozar casero del hombre de consultorio que era Freud?

En su opinión, la dependencia que calificaba de “uxuriosa” de Freud con su mujer, su apego a Marie Bonaparte, su autoritarismo, y aún otros rasgos también, no tienen gracia. Y lo expresa públicamente, afirmando a veces, con un toque de sarcasmo, la oposición de sus goces.

Sin embargo lo hace con la lucidez de quien ha conocido el trabajo de diván, reconociendo en Freud el haber descubierto la imposibilidad lógica que reside en el mandamiento de amar al prójimo como a sí mismo. Tan verdadera es, como evidencia la experiencia de análisis, “la ambivalencia por la cual el odio sigue como su sombra todo amor por ese prójimo que es también para nosotros lo más extranjero” [3]

Lacan extranjero a Freud: ¿sería suficiente quedarse con eso? El lazo tan complejo entre los dos hombres, marcado por una buena dosis de rechazo del más joven respecto del viejo, cuando caen las primeras máscaras, debe también encontrarse lógicamente en otros dominios que el de los afectos. Sin embargo, Lacan siempre se dijo freudiano y se colocó a sí mismo bajo el estandarte del retorno a Freud, fustigando a los mercaderes del templo de la SAMCDA [4], quienes amputaron su obra de principio a fin para hacer a Freud más conforme con la demanda social del mercado psy de entonces.

Lacan supo encontrar, precisamente en esos pasajes censurados, rechazados por los didácticos de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA), las fuentes de doctrina más agudas de su enseñanza. Del primer Freud extrajo su doctrina del significante, y del último, la del *sinthome* y los discursos, así como su doctrina más secreta de la política del análisis, que Jacques-Alain Miller nos ha enseñado a leer.

Sin embargo, en el transcurso del tiempo, de una manera más acentuada, se precisaron las divergencias teóricas de Freud y Lacan. Tocan al corazón de la doctrina y Lacan lo anticipó muy pronto. En efecto, desde “Los complejos familiares”, había captado la contingencia, el efímero destino del complejo de Edipo. Había ya predicho el próximo declive de lo que calificará más tarde como “sueño de Freud” y esto a pesar de “la inmensa cantidad de hechos que el complejo de Edipo ha permitido objetivar”[5].

Así, con Lacan, nos encontramos continuamente en la situación paradójica de tener que tomar “todo Freud” pero también “no todo” de la creencia de Freud en la verdad, contrariamente a lo que se hace en la IPA, donde Freud sólo es tomado en trozos escogidos pero leídos a la letra, objetos de culto.

Por una feliz circunstancia este Congreso de Roma [6] viene a señalar, a propósito de los ciento cincuenta años del nacimiento de Freud, el punto hápax de divergencia entre él y su más eminente continuador: uno salvando al padre y el otro apostando deliberadamente “del padre a lo peor”. En efecto, Lacan sabía -y lo sabía del saber de Freud-, que “el hombre intenta arreglarse con la Cosa: en el arte fundamental que la representa en el vacío del jarrón donde se fundó la alianza de siempre; en la religión, que le inspira el temor a la Cosa y lo hace mantenerse a justa distancia; en la ciencia que no cree en ella, pero que hoy vemos confrontada con la maldad de la Cosa” [7]. Le fue necesario entonces ir más allá y constatar que la castración que desespera a Freud al verla aparecer en sus últimos análisis, no viene del Otro encarnado por el Otro paterno de la Ley, sino de la dimensión del lenguaje al que cada uno está alienado por su S_1 que le engancha al aparato lenguajero.

En varias ocasiones, J.-A. Miller [8] ha subrayado las rupturas entre la doctrina de Freud y la de Lacan. Sólo recordaré un ejemplo, consignado en el texto “Teoría de Torino acerca de la Escuela sujeto” [9] -pronunciado en la Italia que nos acoge hoy y donde la Escuela de psicoanálisis es floreciente-, en el que se demuestra cómo Freud y Lacan se oponen en sus concepciones respectivas de grupo analítico, y ello en función de sus posiciones sobre la función paterna. Mientras que Freud, conforme al esquema de su análisis de masas en “Psicología de las masas y análisis del yo” [10] se apoyó en el modelo de la Iglesia para organizar a la IPA, Lacan funda su Escuela a partir de un esfuerzo de segregación, incluso podría decir de desfibrilación, haciendo valer su soledad frente a la causa analítica e intentado separarse así del lugar del Ideal del yo colectivo. “No es una anulación del Ideal -indica J.A. Miller-. Si hubiera una anulación de la función del Ideal, no habría comunidad de Escuela. No hay el cero del Ideal, pero está esto, que Lacan reenvía a cada uno a su propia soledad de sujeto, a la relación que cada uno mantiene con el significante

amo del Ideal bajo el que se sitúa. En el momento mismo en que Lacan instituye una formación colectiva, sus primeras palabras apuntan a disociar y a poner en primer plano la soledad subjetiva” [11].

El acento de estas rupturas podría llevarnos a creer que no somos ya freudianos por el hecho de que somos lacanianos; éste sin embargo no es el caso, si nos fiamos de la lógica del discurso analítico que quiere que lacanianos, e incluso millerianos, seamos también freudianos, como el mismo Lacan lo ha sostenido siempre.

En efecto, de ningún modo se trata en psicoanálisis de imaginar que se produce una superación de una generación a otra, una acumulación de saber, en el sentido en que Lacan volvería caduco a Freud. Si hay una creencia que Lacan no compartía con Freud, era la creencia en el progreso, ni para el psicoanálisis ni para la ciencia...

Existe entre ellos un lazo más secreto, más subterráneo y que alimenta la parte de transferencia positiva de uno a otro, que no es escasa. Para mí, este lazo hace a lo que se podría llamar la función del fracaso en la experiencia analítica, considerada aquí desde el punto de vista del analista. La transferencia positiva de Lacan con Freud no pasa por la persona y los afectos que ella suscita, tampoco pasa, en absoluto, por la relación con el elemento central que es el padre en su relación con la ley que autoriza el deseo, se inscribe en otra cosa que designaré como una lógica propia de la experiencia analítica y que Lacan definió de la siguiente manera: “Se trata en el psicoanálisis de elevar la impotencia (que justifica el fantasma) a la imposibilidad lógica (que encarna lo real)” [12] Esto no está al alcance de todo analista, incluso si es el horizonte de nuestra experiencia.

Los dos últimos textos de Freud: “La división del yo en los procesos de defensa” [13] y “Moisés y la religión monoteísta” [14] nos enseñan particularmente sobre ello ya que demuestran los efectos de *Aufhebung* propios del límite freudiano.

En efecto, ¿qué dice el último texto clínico de Freud que es un retorno a la neurosis infantil? Nos dice cómo cada uno se defiende contra lo real en sus años de infancia. Freud termina por rendirse al hecho de que la renuncia pulsional, que la amenaza de castración exige, siempre es denegada por el sujeto: “no se deja prohibir nada”. La angustia que suscita se reemplaza por la creación de un síntoma. En el caso particular del hombre de los lobos, el niño crea un fetiche y, por otro lado, desarrolla la fobia de ser devorado por el padre. Es lo que Lacan comenta en el último párrafo de “La dirección de la cura” de la siguiente manera: “Aquí se inscribe esa *Spaltung* última por donde el sujeto se articula al Logos, sobre la cual Freud al empezar a escribir, nos daba en el extremo último de una obra a la dimensión del ser, la solución del análisis “infinito” cuando su muerte puso en ella la palabra Nada”. [15] La solución-síntoma...

La perseverancia de Freud en obstinarse sobre lo que no va en el análisis, cuando se considera que el final debe referirse a la resolución del complejo del Edipo, me parece verdaderamente sorprendente y anticipadora del punto al que llegará el mismo Lacan: el *sinthoma* como solución cuando se encalla en la orilla de lo imposible en la clínica. Aún estaba ahí cuando decía “yo père-sévère”. Hay sin duda alguna, en Lacan y en Freud, este rasgo común de no ceder en lo que cojea, no querer insistir en los éxitos de los análisis sino más bien intentar la activación de lo que perturba, de este real que la clínica señala como

imposible de tratar. En este sentido, “el hombre de deseo” no es nada para Lacan, comparado con aquél que no cede en la causa que lo anima. Se puede considerar, como Lacan lo ha hecho al final de su enseñanza, que esta causa se convoca cada vez que aparece lo que no responde a la ley, lo que es *lawless*. Hace falta el coraje de Freud y de Lacan para aproximarse tanto.

J.-A Miller subrayaba este punto que Lacan, desde 1958, [16] indicaba en Freud: el padre siempre puede prohibir, el “neurótico” se burla de ello y responde con el sin-ley del síntoma, con lo insensato del síntoma. Este salto temerario que reúne lo último del texto de Freud y el final de la elaboración de Lacan, podría parecer forzado pero no lo es en absoluto: la teoría de los nudos de Lacan está hecha precisamente para dar cuenta de la manera en la que opera en un sujeto la respuesta a este real sin ley.

Eric Laurent ha desarrollado la problemática de Lacan en este texto como una problemática de situación límite que responde a la cuestión freudiana de saber si, en el psicoanálisis, y por la letra, se podría intervenir en lo real del agujero, mantener unido lo que no se mantiene, “lo real y el sentido, el hacer y el hablar”, inscribir el borde de todo saber posible. [17]

El otro texto último de Freud, “Moisés...”, toma de nuevo la cuestión del padre en su relación con la política del psicoanálisis y la naturaleza del lazo social. Nunca ha sido tan comentado por los especialistas de historia de las religiones. [18]

J.-A. Miller lo presentó -en la Universidad pontificia de la Santa Croce, en julio de 2006-, poniendo el acento en el hecho de que invierte la perspectiva del *Porvenir de una ilusión* [19], texto escrito en el período cientificista de Freud. Es verdad que el *Moisés* es una tentativa desesperada de Freud por superar su propio fracaso, proponiendo una nueva versión de *Tótem y Tabú* [20]. Sin embargo, J.-A. Miller subrayaba su punto débil: a Freud le es necesario un gran hombre para justificar la persistencia de la creencia, de ahí el carácter cristocéntrico del texto. Y en efecto, una vez más, Freud salva al padre.

Pero si encontramos bizarra la construcción del texto, es también porque esta figura nueva del Otro originario, que Freud destaca como argumento último, no está construida sobre el modelo de *Tótem y Tabú* que remite a los orígenes de la humanidad. Lejos de ser un mito de los orígenes, Moisés está situado en la historia -incluso hay especialistas el período llamado amarniano, como por ejemplo el historiador de teología Jan Assmann-.

Pero sobre todo, hay dos Moisés en la construcción freudiana: el Egipto que conduce al pueblo de Israel fuera de Egipto, y Moisés el Medianita que es finalmente asesinado. Hay en este texto, como en espera, una especie de difracción, incluso de hojaldrado del Nombre-del-padre, es decir un Otro estratificado que tampoco es el padre del Edipo y cuya lógica Lacan reinventará en su “Seminario inexistente”.

Así, Lacan y Freud, más que por sus producciones “positivas”, que han asegurado su lugar al psicoanálisis en el mundo, resultarían más secretamente ligados por su manera de no ceder sobre el deseo del psicoanalista y por su común capacidad de intentar dar cuenta de lo real como aquello que siempre se pone a través. En *Televisión*, Lacan lo dice así: “El impasse sexual segrega las ficciones que racionalizan lo imposible del que él proviene. Yo no digo imaginadas, yo leo ahí como Freud, la invitación al real que lo sustenta” [21]

Por eso somos lacanianos y por eso somos freudianos. He aquí por qué creemos, como Lacan en su “Acta de fundación”, que nos incumbe cumplir con el trabajo “-que, en el campo que Freud abrió, restaure el filo cortante de su verdad- que vuelva a conducir a la praxis original que él instituyó con el nombre de psicoanálisis al deber que le toca en nuestro mundo- que, mediante una crítica asidua, denuncie las desviaciones y los compromisos que amortiguan su progreso degradando su empleo” [22]

Traducido por Itziar Otálora para Bitácora Lacaniana.

NOTAS

* Intervención en el V Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, Roma, Julio 13 al 17 de 2006

[1] Lacan J., « La direction de la cure et les principes de son pouvoir », *Écrits*, Paris, Le Seuil, collection « Le champ freudien », 1966, p. 642.

[2] *Ibid.*, p. 585-645.

[3] Lacan J., « Discours aux catholiques », *Le triomphe de la religion*, Paris, Seuil, 2005, p. 62.

[4] SCAMDA : société d'assistance mutuelle contre le discours analytique. Cf. « Télévision », *Autres écrits*, Paris, Seuil, collection « Le champ freudien », 2001, p. 519.

[5] Lacan J., « Les complexes familiaux dans la formation de l'individu », *Autres écrits*, Paris, Seuil, collection « Le champ freudien », 2001, p. 49.

[6] Le V^e Congrès de l'Association Mondiale de Psychanalyse (AMP) s'est tenu à Rome, du 13 juillet au 17 juillet 2006, sur le thème : *LE NOM DU PÈRE : s'en passer, s'en servir*. Site internet : <http://www.amproma2006.it/>.

[7] Lacan J., « Discours aux catholiques », *op. cit.*, p. 63.

[8] Cf. les cours de J.-A. Miller prononcés dans le cadre du Département de psychanalyse de Paris VIII (inédits), et notamment depuis « Le banquet des analystes » (1989-1990).

[9] Cf. Miller J.-A., "Théorie de Turin sur le sujet de l'École", intervention au 1er Congrès scientifique de la *Scuola Lacaniana di Psicoanalisi*, le 21 mai 2000, publié dans : *Aperçus du congrès de l'AMP à Buenos Aires*, juillet 2000, Paris, collection *Rue Huysmans*, éditée par l'ECF, octobre 2001.

[10] Cf. Freud S., « Psychologie des foules et analyse du moi », *Essais de psychanalyse*, Paris, Petite bibliothèque Payot, p. 117-217.

[11] Cf. Miller J.-A., « Théorie de Turin sur le sujet de l'École », Intervention au 1er Congrès scientifique de la *Scuola lacaniana di Psicoanalisi*, le 21 mai 2000, publié dans : *Aperçus du congrès de l'AMP à Buenos Aires*, juillet 2000, Paris, collection *Rue Huysmans*, éditée par l'ECF, octobre 2001, p. 57.

[12] Lacan J., « ... ou pire », *Autres écrits*, Paris, Seuil, collection « Le champ freudien », 2001, p. 551.

[13] Cf. Freud S., « Le clivage du moi dans les processus de défense » (1938), *Résultats, idées, problèmes*, Paris, PUF, 1987, tome II, p. 283-286.

[14] Cf. Freud S., *L'homme Moïse et la religion monothéiste* (1939), Paris, Gallimard, nrf, 1989.

[15] Lacan J., « La direction de la cure et les principes de son pouvoir », *op. cit.*, p. 642.

[16] Jacques-Alain Miller soulignait ce point dans sa conférence présentée à l'Université pontificale de Santa Croce, à Rome, en juillet 2006 (inédite).

[17] Laurent É., « La lettre volée et le vol sur la lettre », *La Cause freudienne*, Paris, Le Seuil/Navarin, octobre 1999, n° 43, p. 45.

[18] Cf. La revue générale des publications françaises et étrangères, *Critique*, consacrée à « Dieu » (Paris, Éditions de Minuit, janvier-février 2006, n° 704-705).

[20] Cf. Freud S., *Totem et Tabou*, Paris, Petite bibliothèque Payot, n° 77.

[21] Lacan J., « Télévision », *op. cit.*, p. 532.

[22] Lacan J., « Acte de fondation », *Autres écrits*, Paris, Seuil, collection « Le champ freudien », 2001, p. 229.